

LIBRO DÉCIMO

LA FORMACIÓN DEL ESPÍRITU CLÁSICO EN FRANCIA (1)

CAPÍTULO PRIMERO

ESTADO DE COSAS Á MEDIADOS DEL SIGLO XVI

I. Las dos generaciones. — II. El dogmatismo antiguo y el sentimiento nacional

I.—Las dos generaciones

Hacia la época de la muerte de Francisco I se inicia un nuevo período en la historia del espíritu francés y del Renacimiento, el del clasicismo, período muy glorioso á juzgar por los nombres que en él encontramos: Ronsard, du Bellay, Montaigne, Filiberto de l'Orme, Pedro Lescot, Juan Goujón y Germán Pilón.

Esteban Pasquier, en sus *Recherches de la France*, habla «de la gran flota de poetas que produjo el reinado de Enrique II;» si no se hubiese limitado á los poetas, si hubiese añadido los sabios y los artistas, habría dado la nota exacta. Los tiempos seguían siendo propicios á la producción de las obras de la inteligencia: Francia no sostenía grandes guerras; el protestantismo no parecía aún un peligro; la nobleza y las corporaciones del Estado manteníanse sumisas, y la monarquía era fuerte y se hallaba rodeada de una aristocracia aficionada al lujo. Este conjunto de circunstancias subsistió todavía durante el reinado de Carlos IX, á pesar de los primeros disturbios de las guerras de religión.

Al estudiar la historia de las ideas á partir de 1547, hay que tener en cuenta ante todo un hecho. Por delicadas que sean siempre las limitaciones cronológicas dentro del curso natural de las cosas, que no conoce interrupción, puede, sin embargo, afirmarse que con Francisco I desapareció casi toda una generación: Marot había muerto en 1544; Margarita de Angulema iba á morir en 1549, y Rabelais hacia el 1553; de modo que en los alrededores del 1550 quedaban muy pocos hombres de los que habían sido prez del anterior reinado.

Casi en el mismo momento entraba en escena el grupo de los hombres nuevos: primeramente el Rey, nacido en 1519; y luego du Bellay, nacido en 1522, Ronsard en 1554, Lescot, Filiberto de l'Orme y Juan Goujón entre 1510 y 1520. Estos artistas y literatos eran entusiastas, llenos de confianza en sí mismos, am-

(1) H. Lemonnier, *Les origines de l'art classique en France au XVI^e siècle* («Rev. universitaire», 1895). Más adelante citaremos la bibliografía correspondiente á las diversas partes de este tema; es tan considerable que, aun limitándose á una selección rigurosa, resulta más claro el mencionarla ordenadamente.

biciosos de gloria, inclinados á desdeñar á los hombres y las cosas que les habían precedido.

II.—El dogmatismo antiguo y el sentimiento nacional

Esa generación habla sin cesar de la «antigua barbarie;» se considera como nacida «en una edad mejor,» y quiere reponerle todo «en su perfección.» Y sin embargo, su obra había sido ampliamente preparada durante toda la primera mitad del siglo XVI; sólo que, según hemos dicho, los predecesores inmediatos habían procedido más por sentimiento que por razonamiento (2), al paso que los recién llegados aportaron no solamente tendencias, sino también doctrinas, y formularon *a posteriori* la teoría de los hechos consumados. Con ellos se concretó la idea del Renacimiento, que se hizo teórica, mejor dicho dogmática, y por ende exclusiva, y los principios que sirvieron entonces de norma á los artistas y á los literatos se redujeron á dos: la imitación intencionada y razonada de la antigüedad y la ruptura con la Edad media.

La comparación de las obras y de los hechos es en este punto una prueba elocuente. El italiano Serlio acababa de publicar en Francia, en 1545, su *Premier Livre d'architecture* («Primer libro de arquitectura») en el que, según palabras de Juan Goujón, «estaban escritas y figuradas con bastante diligencia muchas cosas conforme con la regla de Vitrubio, y ha sido el comienzo de dar á luz tales doctrinas en el reino.» Juan Martín había publicado en 1546 la traducción francesa del «Sueño de Polyfilo (3),» que había sido para Italia é iba á ser para Francia la gran escuela de antigüedad. Y por último, en 1547, este mismo Martín traducía por vez primera al francés á Vitrubio, apareciendo la edición con ilustraciones hechas por Juan Goujón, el cual también había escrito una epístola explicativa al lector (4). De modo que el arte se ponía al servicio de la erudición y se adhería formalmente á las doctrinas emanadas de Grecia y de Roma (5). En 1549 publicó Joaquín du Bellay la *«Defense et Illustration de la Langue Française»* («Defensa é Ilustración de la Lengua Francesa»), que era, en medio de toda clase de contradicciones, la apología de la antigüedad griega y

(2) Véase pág. 210.

(3) *Le Songe de Polyphile* es una especie de novela mística, filosófica y arqueológica publicada en Italia en 1499.

(4) P. Marcel, *Un vulgarisateur, Jean Martin*, 1900.

(5) En 1553 publicóse la traducción del «Tratado de arquitectura» de Alberti, verdadero Vitrubio italiano del siglo XV.

latina y la condenación de la obra intelectual no sólo de la Edad media, sino también del primer renacimiento francés.

A la teoría corresponden los hechos: el Louvre fué empezado á fines de 1546; en 1550 aparecieron cuatro libros de «Odas de Ronsard» y en 1552 se representó la primera tragedia francesa, «Cleopatra (1).» Acaso nunca se había visto en la historia intelectual nada que diera mejor idea de un movimiento de conjunto. Y casi naturalmente acuden á la pluma de los contemporáneos metáforas militares: «Fué, dice Pasquier, una hermosa guerra la que se emprendió entonces contra la ignorancia... Comparo esta brigada (la futura Pléyade) con los que constituyen el grueso de una batalla.»

El dogmatismo antiguo iba á dominar entre nosotros con tanta más facilidad cuanto que el espíritu del Renacimiento triunfaba en todas partes, no sólo en Italia, sino también en Alemania, en los Países Bajos y hasta en Inglaterra y en España; y de esta suerte se producía la ruptura con los hábitos nacionales y el esfuerzo facticio para transportar el genio de un tiempo y de un país á un tiempo y á un país distintos.

En el entretanto, formábase ó se desarrollaba en todos una especie de sentimiento patriótico, nuevo en su expresión; en efecto, los mismos humanistas glorificaban á la nación francesa y hasta á los antepasados galos, cuyo valor y cuyos triunfos se recordaban con complacencia, como para tomar un desquite de la inferioridad intelectual en que creían haber languidecido durante tanto tiempo (2). Nunca se había dado tanta importancia al hecho de ser francés como en aquella época en que tanto se ensalzaba á los griegos y á los romanos: du Bellay quiere que nuestro idioma «alce la cabeza y con arrogancia se iguale á las soberbias lenguas griega y latina,» y se felicita de haber «penetrado hasta en el seno de la tan deseada Francia;» Pasquier habla continuamente de la patria y escribe las *«Recherches de la France»* («Investigaciones sobre Francia»); y Filiberto de l'Orme tiene la ambición de crear la columna francesa, el estilo francés. Pero todos ellos creían que el porvenir de la inteligencia francesa estaba en la admiración dócil del pasado greco-romano.

Por lo demás, en esto como en todo es menester desconfiar de la uniformidad en que las fórmulas generales pretenden envolver la diversidad de los hombres y de las cosas. El siglo XVI es una época en que los indi-

(1) Puede notarse que cuatro años antes habían sido prohibidos los *Misterios*, esa forma teatral de la Edad Media. Cierto que los motivos de la prohibición eran sobre todo religiosos, pero la desaparición de los *Misterios* dejaba más ancho espacio á la nueva tragedia.

(2) También se reconocían algunos méritos á la Edad media. Du Bellay confiesa que desde la antigüedad, «los espíritus de los hombres no han estado tan bastardeados como se quiere suponer... No aduciré como testigos (añade) más que la Imprenta, hermana de las Musas, y la décima de ellas, y ese no menos admirable y pernicioso rayo de artillería, con tantos otros inventos no antiguos.»

Pero no ve el grande alcance histórico de esta observación y, por otra parte, las conquistas de la humana inteligencia en este orden de ideas significaban poca cosa á los ojos de los hombres del siglo XVI porque para ellos la grandeza de una civilización se resumía esencialmente en su valor literario y artístico. Ahora bien, respecto de esto, no podían menos de considerar á sus predecesores como bárbaros, según expresión de la época.

viduos eran de temple heroico, y los temperamentos individuales, por ejemplo los de los franceses meridionales cuya entrada en escena es un acontecimiento en nuestra literatura (Brantome, du Bartas, Montaigne, Palissy), conservaron su vigorosa originalidad. De modo que los artistas y los escritores tuvieron á menudo dos personalidades, la del hombre de doctrina y la del hombre de la realidad, que no siempre están de acuerdo. Finalmente, los artistas y sobre todo los literatos, son hombres de todas clases y profesiones, miembros del clero, grandes señores, hidalgos, magistrados, profesores, médicos, menestrales; y viven en la vida general, los unos ejerciendo su profesión, los otros dedicados á los negocios públicos. Esta existencia, muy movida y á veces muy agitada, les preservó contra el pedantismo de una pedagogía abstracta; aquellos admiradores de los muertos tan lejanos vivieron vida muy activa.

Además, como los artistas y los literatos salieron de la obscuridad en que habían permanecido ocultos sus predecesores; como fueron honrados y celebrados en vida, y como después de muertos su historia fué muy á menudo relatada, son testigos de su tiempo, documentos iluminados á plena luz.

De estas consideraciones preliminares que vamos á desarrollar se desprende que la historia del Renacimiento francés comprende una descripción de la sociedad en que tan importante lugar ocupan los literatos y los artistas, y el estudio de la formación de la doctrina, el de las obras y de los hombres.

Este estudio no puede terminar con la muerte de Enrique II, porque el Renacimiento francés tiene su desarrollo propio y original que continúa normalmente hasta los últimos años del siglo XVI. Además, la mayoría de los escritores y artistas de la generación de Enrique II sobrevivieron muchos años á este reinado, que un accidente abrevió; por consiguiente, estudiaremos la historia del clasicismo durante la segunda mitad del siglo, tomando como fechas extremas la muerte de Ronsard (1585), de Montaigne (1592), de Germán Pilón (1590) y de Bernardo Palissy (1590).

CAPÍTULO II

EL MOVIMIENTO INTELECTUAL Y LA SOCIEDAD (3)

I. La cuestión religiosa. — II. El Mecenado. — III. Condición de los escritores y de los artistas. — IV. Los centros intelectuales

I.—La cuestión religiosa

¿Cuáles fueron las relaciones de la literatura y del arte con los acontecimientos de la época y, en primer término, con los sucesos religiosos? A partir de 1550, la Reforma se precisó; y la Reforma oponía á los instintos paganos del Renacimiento una fe depurada, exigente, al mismo tiempo que el Concilio de Trento trataba de restituir al catolicismo renovado su imperio sobre las almas. Y sin embargo, no se advierte que las inteligencias se sintieran turbadas por una posible contradicción entre las creencias religiosas y las doctrinas intelectuales: los sentimientos protestantes de Palissy y

(3) Ed. Bourcier, *Les mœurs polies et la littérature de cour sous Henri II* (tesis de la facultad de París), 1886. Brantome, *Oeuvres*, véase anteriormente, pág. 325.